

La figura humana
de Mons. Álvaro del Portillo

Natalia López Moratalla

Profesora Ordinaria de Bioquímica
de la Universidad de Navarra

*Excelentísimo y Reverendísimo Gran Canciller
de la Universidad
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores
Compañeros de la corporación universitaria
Señoras, Señores.*

Recordar a quien mucho nos ha dado, es motivo para revivir la donación y tributarle nueva gratitud. Ha pasado un año —largo y corto a la vez— desde que Mons. Álvaro del Portillo y Diez de Sollano presidió un acto académico en esta Universidad.

Me gustaría que las paredes de esta Aula Magna nos contaran la presencia de D. Álvaro. Su imagen apacible, sonriente, cercana; su porte sosegado y lleno de unción, reflejo del templado dominio de su persona; su gozo ante el trabajo bien hecho; sus palabras que sembra-

ban paz y eran estímulo para crecer y para avanzar. Me gustaría que nos contaran la radical bondad que traslucía su mirada azul, transparente como su vida, cariñosa, profunda y aguda, paterna, llena de ternura y equilibrio, abrazante, cálida y, con frecuencia y con facilidad, emocionada. Pero como las paredes prefieren callar -sin duda por temor a quedarse cortas en la admiración- asumo el honor de recordar la figura humana de nuestro anterior Gran Canciller. He dicho que asumo el honor, y es cierto; pero no lo es menos que cumplo un grato deber que se funde con el derecho a manifestar cariño filial.

Al evocar a D. Álvaro, en el fondo del alma no pocos escuchamos el eco de una palabra: fidelidad. Sí, fue hombre fiel, bueno y fiel, leal a Dios y a la Iglesia, leal a su palabra, leal a cuantos nos beneficiamos de su celo pastoral y paternal. Y Dios quiso que esa lealtad discursara por el ancho cauce del trabajo enraizado en afán de santidad, que abrió el Fundador del Opus Dei.

La lealtad es exigente. Pide fortaleza de ánimo, reciedumbre, firmeza. A los 7 u 8 años, uno de sus profesores escribió en el cuaderno de notas: «se dibuja algo brusco». El Sr. del Portillo, buen conocedor de su hijo, como buen padre, comentó: «no se dibuja, se esculpe»,

dando a entender el carácter bien templado, tenaz y vigoroso. Cuando hace pocas semanas, volví a ver el escudo que Fray Luis de León quiso poner en la portada de todos sus libros, el «se esculpe», cobró una fuerza nueva. En ese escudo una encina pequeña ocupa el centro, en su tronco se apoya el hacha que recién la ha talado. La divisa que rodea está tomada en préstamo de Horacio: «ab ipso ferro». El mismo hierro que corta las ramas, da fuerza para crecer y crecer en virtud. Me acordé de D. Álvaro. Supo él hacer de las contradicciones —no pocas ni pequeñas— ocasión para crecer hacia el Cielo. Cuando en julio de 1980 este edificio que ahora nos acoge sufrió un atentado de la violencia, al día siguiente, 13 de julio, nos escribió desde Londres una carta que vale la pena recordar. Con la serena fortaleza del alma grande que mira a Dios y besa el hacha que la acaba de podar, puso su mente en cuál hubiera sido la reacción del Beato Josemaría. Y en la certeza de la identificación más plena, nos decía: *«perdonad, y perdonad de todo corazón, acordándonos de la paciencia que Dios Nuestro Señor tiene con nosotros, con cada uno de nosotros»*.

195 Afirma Josef Pieper al comentar la frase del profeta Isaías «Te he llamado por tu nombre» que «sin duda es ése nuestro nombre real, que nombra lo que en verdad somos. Sólo que nos

es desconocido». Don Álvaro alcanzó a conocer su nombre propio; supo con certeza y nunca dudó, que Dios le llamó a la existencia para que el día previsto en su Providencia, aquél año de 1935, estuviera al lado del Beato Josemaría para acompañarle de cerca toda su vida. Él mismo explicaba muchos años después: *«no fue nuestro Padre el que me eligió para tenerme a su lado; solía comentar que era cosa del Espíritu Santo. Los demás, por un motivo u otro, no podían estar junto a nuestro Padre. Así que Dios me escogió a mí: así lo dijo muchas veces nuestro Fundador».*

La profunda sintonía entre los dos, afincada en una misma entrega a la misión que Dios había asignado a cada uno, preparó a D. Álvaro para recibir su «nombre nuevo», el definitivo: primer Sucesor, el más cercano hijo del Beato Josemaría. Fue el hijo más fiel, el que más le supo querer, entender y secundar. Y nuestro Fundador, conociéndole como el buen padre conoce al buen hijo, comenzó, desde que era muy joven, a llamarle «saxum», roca: *«Veo que el Señor te presta fortaleza —le escribía en 1939— y hace operativa mi palabra: saxum!».* Roca, regalo de la Providencia, que le apoyó en la obra fundacional que Dios le pidiera llevar a cabo. Roca de solidez confirmada, que supo hacerse, en el día a día y en los momentos clave

de la historia del Opus Dei, protección segura del Fundador.

José María Hernández de Garnica —compañero de colegio, amigo, ordenado sacerdote junto a D. Álvaro— resumió en una idea los frutos que los dones del Espíritu Santo producían en el alma de D. Álvaro: «De una palabra, llegar a las últimas consecuencias». Pudiera parecer poco importante esta virtud, pero de ella sacó D. Álvaro el fruto de una cumplida respuesta a su verdadero nombre.

Una anécdota relacionada con él inspiró al autor de Camino, el punto 994 que dice así: *‘Se me ha pasado el entusiasmo’ me has escrito. —Tú no has de trabajar por entusiasmo, sino por Amor: con conciencia del deber, que es abnegación.* Él mismo comentaba en 1976 esa carta: *«Una vez escribí al Padre que se me había pasado el entusiasmo sensible de los primeros meses, cuando me parecía que veía a Dios en todos los acontecimientos. Después ya era una cosa más reflexiva, de otro estilo, más seria: porque era el mismo amor, pero de otro modo, con mayor madurez y seguridad. Esto no quiere decir que el entusiasmo del principio no fuese sereno, sino que quizá en los comienzos el Señor quiso ayudarme concediéndome una especial alegría, y después ya pasé a ser del común de los fieles».* Fi-

delidad nada común, en la que resaltan con brillo la serenidad, la alegría, la abnegación y la conciencia del deber.

La finura de espíritu permite estar pendiente de las necesidades ajenas para corregir sin causar herida, con la afabilidad de quien vela para evitar el letargo de la rutina. El Gran Canciller de la Universidad, a quien hoy rendimos homenaje, cuidó bien que aprendiéramos a tener en cuenta hasta los más pequeños detalles que hicieran amable la vida de quienes nos rodean. En una sesión de trabajo que tuvo en el Rectorado de la Universidad —era el mes de agosto del año 1989—, hizo uso de tres bellas palabras del Cantar de los Cantares, para animarnos a estar en vela, y vivir el espíritu que nos legó el Fundador de la Universidad: «Cor meum vigilat!» repitió con paternal insistencia. Mi corazón vigila, está en vela. Y él siempre fue por delante en manifestaciones de cuidado por vivir hasta los detalles más pequeños de orden, consciente de que así hacía el querer de Dios. Esta Aula Magna es testigo de su interés por que los focos de luz no deslumbraran a quienes iban a recibir el doctorado *honoris causa*, y que la temperatura no subiera —asunto nada fácil— más allá de los grados inevitables. A la memoria viene la imagen de D. Álvaro en el Edificio Polideportivo,

aquella tarde de septiembre de 1991, víspera del día en que celebró allí la Santa Misa. Quería saber si desde todos los ángulos se veía bien el altar.

Atento a que esta Corporación no dejara de prestar el influjo y el servicio que brotan de sus raíces universales, alentó las más variadas colaboraciones. Recuerdo con emocionado agradecimiento el consejo que nos dio esa misma tarde de septiembre. Se había establecido un convenio entre la Universidad de Navarra y universidades de la República de Kazajstán, cuando ésta formaba aún parte de la URSS. En el marco de ese acuerdo, universitarios kasajos ampliarían aquí estudios que les facilitarían impulsar el necesario y urgente desarrollo social y económico de su patria. «*¡Qué buenos son esos amigos vuestros!... —comentaba D. Álvaro— Cuidad mucho que en el contacto con vosotros no sólo encuentren el pan material que buscan, sino dadles también pan para su espíritu*». Una vez más señalaba el camino a recorrer para que nuestros deseos de contribuir a la paz de los hombres de todos los pueblos de la tierra no se empequeñecieran hasta quedar reducidos a un simple sentimiento de benevolencia.

Al ponderar el talante humano y la gran personalidad de Mons. del Portillo, qué claro

queda que no fue casual que se unieran en una inteligencia preclara los cualificados títulos académicos de Doctor Ingeniero de Caminos Canales y Puertos, Doctor en Filosofía, Doctor en Derecho Canónico. Fue también Consultor de varios Dicasterios de la Curia Romana y recibió honores que sin duda otros colegas se encargarán de glosar. Hay en esto algo muy profundo, que nada tiene que ver con la casualidad. Pienso que ese algo se puede resumir afirmando: como D. Álvaro se dio a Dios sin más medida que la del amor, y nunca rehusó trabajos ni cargas, sirvió para todo lo que Dios le pidió.

La auténtica libertad de espíritu se vuelca en espontaneidad que atrae hacia la verdadera amistad. Ese afecto espontáneo le llevó a iniciar ante nosotros uno de sus discursos con aquel tan recordado: «*No voy a empezar diciendo esto de Ilustrísimos, etc. ...ya sabéis que os quiero*». Y nos dejó abierto un ancho cauce de paternal cercanía.

Quienes afincan su nobleza en la humildad, reciben de las gentes sencillas la calificación de «señor». D. Álvaro fue «un señor» en el más pleno sentido, con el señorío de quienes hacen del gobernar un servicio, con elegancia humana que hasta en el porte se manifiesta, respetando las opiniones ajenas, seguros de en-

contrar en Dios la raíz de la certeza que aleja dudas y vacilaciones, retraimientos y decisiones precipitadas. Y por la fuerza de esa raíz, las ramas alcanzan alturas desde donde se divisan horizontes con tesoros que otros quizá ignoramos.

El tesoro máspreciado del amplio panorama de la Universidad de Navarra nos lo descubrió nuestro Fundador, y D. Álvaro continuó señalándolo con mano segura: es la ofrenda de dolor que, minuto a minuto, llega al Cielo desde nuestra Clínica. A que no olvidemos esta riqueza inmensa, han dedicado, dedican y, por gracia de Dios, dedicarán sus mejores esfuerzos los Cancilleres de la Universidad de Navarra.

Disculpen si me detengo para admirar algunas huellas de la presencia de Mons. Álvaro del Portillo en la Clínica Universitaria. Ahí encontramos una raíz de su profunda humanidad.

D. Álvaro adquirió el hábito de contar con el dolor y la enfermedad como compañeros y amigos, siempre que Dios —único dueño de la salud— lo permitió. Supo sufrir el dolor ajeno como propio, hacer que la enfermedad fuera medio para prender la inteligencia en el Crucifijo, y allí encontrar alegría. Enseñó —soy testigo de ello— que la enfermedad es un bien para el alma. Siguiendo las enseñanzas del Be-

ato Josemaría, veía en los enfermos a Cristo. Por esto me atrevo a decir —y no es corto atrevimiento el mío— que en la Clínica tenía santa envidia de dos cosas: del trabajo que allí realizan manos femeninas, y del padecimiento de los enfermos, y muy en especial del de los niños.

En cierta ocasión, en la acción de gracias después de celebrar la Santa Misa en la Clínica, abrió su corazón en voz alta con estas palabras: *«Te pido Señor por todas estas hijas mías de la Clínica, que tienen por trabajo hacer obras de misericordia cuando cuidan de los enfermos. Tú has dicho que al hacerlas están cerca de Ti. ¡Señor, ténselo en cuenta!»*.

Con frecuencia se escapaba a charlar con los pequeños pacientes de Pediatría, y llevar a sus padres consuelo y esperanza. Un día, tras una de esas escapadas, comentaba a las enfermeras que estaba emocionado con los niños: *«nos quejamos por tonterías, cuando no tenemos nada»*, añadió. Y al decirle ellas cuánto habían disfrutado los pequeños con él, hizo este comentario a media voz: *«Sí, pero yo he sufrido con ellos y he sufrido el dolor de esas madres»*.

En la Clínica D. Álvaro siendo Gran Canciller fue sobre todo Padre y «gran agradecido». Agradecía, con tanta delicadeza como in-

tensidad, los detalles que tenían con él y con los enfermos. Muchos recuerdos vienen ahora a la memoria, de agradecimientos reiterados y entrañables. Me referiré a uno: en una delicada intervención quirúrgica que hicieron a un hijo suyo, rezó y nos hizo rezar; agradeció, sufrió y supo no perder la sonrisa cuando todos sabíamos que el dolor le acariciaba. El recuerdo debe ir hasta el Cielo para agradecer a D. Álvaro aquellos desvelos, que siempre tuvo por todos nosotros, y nos permiten gozar ahora con la presencia de quien preside este Acto Académico y con orgullo muchos llamamos Padre.

Como Dios es buen pagador, quiso que D. Álvaro, ya Obispo, celebrara la primera Misa solemne en el nuevo Oratorio de la Clínica, cuyas obras había seguido con especial interés y para el que había hecho indicaciones bien precisas. Allí, en el retablo y coronando el Sagrario, una imagen de la Virgen es invocada con el nombre que él le puso: Santa María, Salus Infirmorum: Santa María, Salud de los Enfermos.

Y fue un hombre alegre que aprendió del Beato Josemaría a cultivar el buen humor. En este punto quizá quiebre la aconsejable y necesaria prudencia. Pido disculpas por adelantado por referir algo que a mí me ocurrió.

Asistía con otras colegas a un Congreso que se celebraba en Roma. Tuvimos la fortuna de estar con D. Álvaro que nos habló con fervor de la Iglesia y del Papa. De pronto me preguntó: «Hija mía ¿por qué te llamas Natalia?» Sin duda percibiría mi secreto orgullo cuando le contaba que me llamo así porque en la tradición de las familias de mi padre y de mi madre, siempre se impone ese nombre, en femenino o en masculino, según un orden establecido. Por esta razón me llamo igual que mi abuelo paterno, mi abuela materna, mi padre, dos de mis tías, y... seguía sumando primas y sobrinas. Mientras citaba la larga relación, D. Álvaro sonreía. Con buen humor me dijo: «Pues ahora el Padre te va a llamar muchas veces». Y se fue alejando mientras repetía mi nombre en distintos tonos de voz. De nuevo pido perdón por mencionar algo tan personal, aunque de una u otra forma todos ustedes podrían referir algo similar. Porque en el corazón paternal de un santo hay espacio donde acoger aquello que importa a quienes ama.

Antes de concluir quiero apuntar un título que con sobrado mérito conquistó: fue un gran trabajador. No se concedía descanso en la tarea, porque en ella veía siempre la ocasión de acercarse y acercar almas a Dios. De su tenacidad en seguir los asuntos de gobierno hasta conse-

guir que se pusiera el punto final, muchos somos testigos. Tuvo buen maestro, pues estuvo a la vera del Fundador de esta Universidad durante cuarenta años. Durante esos ocho lustros y los diecinueve años de Prelado del Opus Dei, nunca esquivó la carga del trabajo. Sí, fue lo que quiso ser: *«buen hijo de tan buen Padre, trabajando como la sombra en la tierra»* de quien le abrió el camino al Cielo, *«para que él continuara dirigiendo el Opus Dei»*. Sí, fue lo que quiso ser: sombra del Beato Josemaría que al recibir desde él la luz de Dios se perfila igual y distinta : sombra de mediodía que se funde en quien la cobija; sombra del atardecer que acompaña y que alivia.

En el primer acto académico como Gran Canciller de la Universidad de Navarra, celebrado el 12 de junio de 1976, D. Álvaro dejó que su alma se desahogara ante nosotros, en agradecimiento a Dios por haber recibido la gracia de estar tantos años bien unido a nuestro Fundador. Podemos tomar algunas de sus palabras y repetir lo que entonces y ahora sube al Cielo para agradecer *«el don precioso de conocerle, de escucharle, de sentir su inmenso cariño y sus desvelos de buen pastor»*.

La deuda de gratitud hacia D. Álvaro y su figura humana, son tan grandes, que después de estos minutos todavía me parece mayor. Pienso

que le gustaría que pusiera el punto final de la forma más normal y sencilla. Voy a hacerlo leyendo dos líneas de la carta que nos escribió en 1980. Dicen así: «*Ya seguir trabajando con te- són y con gran rectitud de intención, que las al- mas nos necesitan*».

Muchas gracias.